

# ASÍ ERA LEV TOLSTÓI

(I)

EDICIÓN Y TRADUCCIÓN DEL RUSO  
Y DEL INGLÉS DE SELMA ANCIRA

BARCELONA 2017



A C A N T I L A D O

Publicado por  
A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© de la selección y la edición, 2017 by Selma Ancira Berny  
© de la traducción, 2017 by Selma Ancira Berny  
© de esta edición, 2017 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición:  
Quaderns Crema, S. A.

Para la realización de esta obra, la autora recibió  
el apoyo económico del Fondo Nacional para la Cultura  
y las Artes de México, a través del programa  
Sistema Nacional de Creadores de Arte

ISBN: 978-84-16748-29-7  
DEPÓSITO LEGAL: B. 540-2017

AIGUADEVIDRE *Gráfica*  
QUADERNS CREMA *Composición*  
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *enero de 2017*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

## CONTENIDO

EL CAMINO A ÓPTINA PUSTYN

*Serguéi Petróvich Arbúzov*

7

EL DÍA QUE CONOCÍ  
A TOLSTÓI

*Piotr Ilich Chaikovski*

53

DE VISITA EN CASA  
DEL CONDE TOLSTÓI

*George Kennan*

57

*Notas*

127

*Índice de nombres*

135

*George Kennan (1845-1924) era un periodista y viajero estadounidense. Entre 1865 y 1868 participó en una expedición ruso-estadounidense en Siberia. A su vuelta a Estados Unidos escribió el libro Tent Life in Siberia [Vida nómada en Siberia] (1870).*

*A partir de mayo de 1885 y hasta agosto de 1886, a petición de la revista The Century Illustrated Monthly Magazine, junto con el pintor George Albert Frost, Kennan se dedicó al estudio del sistema carcelario en Siberia. Sus artículos al respecto, además de publicarse en la revista que se los había encargado, salieron en un libro cuyo título fue: Siberia and the Exile System [Siberia y el sistema de exilio].*

*El 17 de junio de 1886, Kennan viajó a Yásnaia Poliana para cumplir el encargo que le habían hecho los presos de contar a Tolstói cómo vivían en Siberia, y pasó todo el día en compañía del escritor.*

DE VISITA EN CASA  
DEL CONDE TOLSTÓI\*

GEORGE KENNAN

La visita al novelista ruso, conde Lev Tolstói, que es de lo que tratan estas páginas, tuvo lugar en la segunda mitad del mes de junio de 1886, aunque había sido planeada cerca de un año antes, en una de las minas de reclusos en la Siberia Oriental, como resultado de una promesa que hice a algunos amigos y conocidos del conde Tolstói que estaban, y aún están, presos en las desiertas vastedades salvajes del Transbaikal. Me enteré de que entre los prisioneros políticos en las minas de Nerchinsk había amigos y conocidos del novelista ruso, cuando se me pidió que le llevara un ejemplar de *Confesión* a uno de ellos, una mujer

\* Relato procedente de George Kennan, «A visit to Count Tolstoi», *The Century Illustrated Monthly Magazine*, Nueva York, 1887, junio, vol. 34, n.º 2, pp. 252-265.

que cumplía una condena de doce años en las minas de Kara.<sup>1</sup> El libro había sido prohibido por la censura eclesiástica; su publicación y circulación en Rusia habían sido definitivamente vetadas, y el ejemplar que me habían pedido que entregara era un manuscrito. Ignoro de qué manera, pese a los censores, los inquisidores, los abridores oficiales de paquetes, los requisadores, los registradores de cuerpos, los examinadores del equipaje, los policías y los gendarmes, encontró su camino hasta ese remoto pueblo de la Siberia Oriental en el que me pidieron que me hiciera cargo de él. Sin embargo ahí estaba, una prueba silenciosa pero convincente de la inutilidad de las medidas represoras dirigidas contra el pensamiento humano. Eso mostraba que el Gobierno no había sido capaz de mantener un libro prohibido ni siquiera lejos de las manos de sus propios prisioneros políticos, esos que vivían bajo una estricta vigilancia en un asentamiento penal en el Transbaikal, a cinco mil millas de distancia del fértil cerebro en el que aquellas ideas prohibidas se habían originado.

Accedí, por supuesto, a hacerme cargo del ma-

nuscrito, y en menos de tres meses conocí no sólo a la mujer a quien debía ser entregado, sino a muchos otros exilados políticos en la Siberia Oriental que, o bien habían conocido al autor personalmente, o bien en algún momento habían mantenido correspondencia con él.<sup>2</sup> Todos estos exiliados estaban deseosos de que a mi regreso a la Rusia Europea fuera a visitar al conde Tolstói y le describiera el sistema de trabajo y la vida de los presos políticos en las minas y en el penal de Transbaikal. Parecían tener la impresión de que él más o menos simpatizaba con sus objetivos y sus esperanzas, aunque no con sus métodos, y que la información que yo le diera fortalecería ese sentimiento, y tal vez haría que cambiara su actitud hacia el Gobierno, llevándola de la resistencia pasiva a una hostilidad activa e inflexible. Esta creencia en la posibilidad de enrolar al conde Tolstói entre los enemigos del Gobierno se fundaba sobre todo, hasta donde yo podía juzgar, en el hecho conocido aun en los lejanos parajes siberianos de que la mayoría de sus últimos escritos había sido prohibida por el censor. La conclusión que se sacaba era que el autor

había atacado al Gobierno, o por lo menos había expresado abiertamente su desaprobación de los métodos políticos que éste utilizaba. Esta conclusión, pese a todo, era errónea. Si los revolucionarios exiliados hubieran podido obtener los últimos libros y artículos de Tolstói y adentrarse en ellos, de inmediato se habrían dado cuenta de que la literatura prohibida resultaba ofensiva más para el poder eclesiástico que para el civil, y que la verdadera piedra angular de la filosofía religiosa y social de Tolstói era la no resistencia al mal. Sin embargo, buena parte de estos revolucionarios había pasado muchos años en la prisión o en el exilio y no había tenido la posibilidad de seguir de cerca la evolución de las ideas de Tolstói. Se dejaban engañar por un parecido superficial entre sus puntos de vista y los de él en lo tocante a la propiedad privada y la organización de la sociedad, y por la actitud de hostilidad que el Gobierno había desplegado contra sus últimos escritos. Creyendo, pese a todo, como creían, que Tolstói estaba a punto de rebelarse abiertamente y que con un poco más que lo provocaran utilizaría su poderosa influencia y su convincente per-



sonalidad contra el despotismo que ellos odiaban, me instaban para que lo viera y le dijera todo lo que yo sabía sobre la administración rusa en Siberia y sobre el trato que se dispensaba a los exiliados políticos. Me dieron, además, el manuscrito de un terrible relato sobre la «huelga de hambre» que en la prisión de Irkutsk habían escrito cuatro mujeres instruidas, una de las cuales era hermana de V. V. Vorontsov,<sup>3</sup> un conocido publicista ruso, que también era economista político, y yo prometí entregar dicho documento a Tolstói.

Tomé el manuscrito y les di mi palabra de honor de que llegaría a su destinatario. Fue en esas circunstancias como se fraguó mi visita al escritor ruso.

Pasaron muchos meses antes de que yo volviera a la Rusia Europea, y cuando por fin me encontré en Moscú, me enteré de que el conde Tolstói se había ido de la ciudad y estaba pasando el verano en su hacienda, cerca de la aldea de Yásnaia Poliana, en la provincia de Tula.

El 16 de junio de 1886, ya tarde por la noche tomé el tren en la estación de Kursk y llegué a Tula muy temprano a la mañana siguiente. Hay

una estación de trenes más cerca, pero los trenes-express no paran en ella, de modo que me vi obligado a encontrar algún otro medio de transporte que me llevara a mi destino. De entre la multitud de cocheros que había en la estación, elegí a uno que tenía una expresión atractiva de astucia y buen humor, le pedí que se acercara y le pregunté si conocía al conde Tolstói.

—¡Conoce a nuestro *barin*!<sup>4</sup>—exclamó con una amplia sonrisa y a la manera entre cariñosa y deferente del campesino ruso habituado a relacionarse con sus superiores en términos de una igualdad permitida—. ¡Por supuesto que conozco al conde! ¡Como si pudiera no conocerlo! ¡Es nuestro conde!, vive en Yásnaia Poliana, a sólo quince verstas de aquí.

—¿Hay alguna posada o alguna estación de postas en Yásnaia Poliana donde me pueda quedar?—pregunté.

—No—respondió el cochero—, pero ¿por qué quiere ir a una posada? Se puede quedar con el conde. Es una persona accesible, un hombre absolutamente sencillo. A mí, cada vez que voy, me saluda con un apretón de manos, y trabaja en los

campos como un campesino cualquiera. Es un buen hombre nuestro *barin*. Estará encantado de que sea usted su huésped.

A mí me parecía más bien incómodo, por no decir una injustificable impertinencia que un extraño fuera directamente a la casa del conde Tolstói, zurrón en mano como para quedarse una semana, pero no parecía haber otra alternativa; y confiando en que las necesidades del caso serían una disculpa suficiente para cualquier aparente osadía, llegué a un acuerdo con el cochero para que me llevara a Yásnaia Poliana, y a las diez de la mañana salimos de Tula y tomamos la amplia carretera blanca que lleva a Oriol y a Kursk.

Hacía un día esplendoroso, una soleada mañana de junio; la atmósfera, despejada y fresca por la lluvia reciente, estaba repleta de aromas y de aire puro. Cuando llegamos a la cima de una alta colina detrás del pueblo, vi con deleite un vasto terreno cultivado que de tanto en tanto se alzaba en espléndidas laderas de un verde muy vivo hasta las oscuras crestas del bosque, para luego hundirse de nuevo en profundos y remotos valles donde varios conjuntos marrones de casas de